

HIJOS, ¿PARA QUÉ?

ASOCIACIÓN ANTIPATRIARCAL
MADRID

3-Febrero-1988

Conferencias

On s'abonne aux Bureaux du Journal, 5, LEVARD DES ITALIE

PRIX DE L'ABONNEMENT

17 \$ - 72 \$



AGC



Estoy aquí con este motivo inmediato de ayudar a la puesta en marcha de esta Asociación, de la que habéis oído hablar o habéis leído. Me sorprendió, cuando recibí la propaganda por correo, como un hecho, una ocurrencia bastante insólita y que merecía la pena apoyarse; un poco cansados de que la protesta de las mujeres haya ido, probablemente, por mal camino (sigo pensando siempre que son ellas, como la primera clase dominada y explotada, las que podían llegar a ser sujeto de una suversión verdadera, o como quiera llamarse) pero un poco cansados de esto y pensando que, por debajo de ellas, en cierto sentido, y como ahora veremos, están todavía los niños en cuanto hijos, me ha parecido que esta ocurrencia valía la pena.

No se sabe adónde puede llevar una empresa de este tipo, aparentemente disparatada, pero en ello mismo tiene su gracia; y como nunca se está seguro del todo de hasta qué punto esta organización está cerrada y es tan fatal como Ellos desde Arriba piensan y nos quieren hacer creer y tiene ese Futuro que ellos desde Arriba le predicen todos los días y que quieren hacerles creer, sobre todo a los muchachos, que es eso, el Futuro de verdad, como nunca se sabe hasta qué punto eso es verdad y esas cuentas les van a salir bien, cualquier grieta, cualquier resquicio, cualquier aprovechamiento de una rebelión, aunque sea pasional y desordenada, como puede ser la de los hijos gritando contra sus padres, pienso que merece que se intente darle la razón y convertirla en razón, que pueda luchar contra esas ideas que nos dominan.

En este sentido, me he puesto enseguida al lado de los primeros miembros, los fundadores de esta Asociación, y estoy aquí para hacer una charla que, entre otras cosas, si sirve para algo, sirva para hacerla conocer un poco entre vosotros, entre vuestros amigos, intentar que se mantenga dentro de este mundo y haga lo que pueda.

En la charla que vamos a tener, se van a sacar cuestiones, formulaciones, que, evidentemente, son discutibles y que, por lo tanto, espero que se discutan. Quiere decirse que, aparte de que después de terminar yo más o menos, que nunca terminaré de verdad, nunca llegaré a ninguna conclusión, podamos dedicarnos a seguir hablando; también en cualquier momento podéis interrumpirme, exigiendo aclaraciones, presentando objeciones o contradicciones, o lo que os parezca.

No me voy a detener mucho en el aspecto más trillado de la cuestión "Hijos ¿para qué?" El aspecto más trillado de la cuestión es el público o político. Ya se sabe, en este terreno, para qué sirven los niños, para qué hay que tener hijos, cuáles son las funciones y utilidades que ellos cumplen respecto al Capital y al Estado, por designar así con estas mayúsculas al ente del dominio en general, abstracto y real. Ya se sabe, se ha dicho muchas veces: al Capital, sobre todo en sus buenos tiempos, quiero decir en los tiempos de la burguesía que conoció Carlos Marx, al Capital, los niños, los hijos, le sirven para renovar las camadas de productores sucesivas; en realidad se piensa, desde una perspectiva marxista, que la situación con los proletarios no es distinta, en lo esencial, de la situación con los esclavos de la antigüedad o de otras Culturas. No es distinta, por lo tanto, de la de las vacas y demás animales domésticos; es decir, que el sometido o explotado cumple una doble función; por un lado, trabaja, vende su fuerza de trabajo, por decirlo al estilo de Marx, sirve a la producción determinada por los intereses del ente abstracto que llamo Capital, y, por otro lado, reproduce, es decir, garantiza la renovación de la mano de obra, para así asegurar que el Capital va a tener su Futuro, lo que necesita, va a tener siempre su Futuro. De manera que lo mismo que los esclavos, aparte de trabajar, tienen que tener hijos, y las vacas también, pues los proletarios clásicos de Marx igualmente. Y esto no voy a decir que no siga siendo verdad: sigue siendo verdad con respecto a los trabajadores, aunque esta verdad se ha hecho, evidentemente, más complicada y necesitada de más análisis con el progreso

mismo del Capital.

Para eso servían los hijos al Capital. En cuanto al Estado, sobre todo en los tiempos en que todavía no estaba tan confundido con el Capital mismo como hoy día, al Estado los niños le servían, pues ya sabéis para qué: había que criar soldados, había que criar camadas sucesivas de soldados, es decir, nuevas generaciones dispuestas a morir por la patria eterna, de tal forma que esas muertes de las generaciones sucesivas fueran también aquí la garantía de futuro o de la eternidad del ente abstracto superior y real, llámesele Patria, o llámesele Estado, más en general. Bien se sabía esto, y tanto las instituciones del Capital como las del Estado, promocionaban la cría de hijos por parte de las clases sometidas. Se debe recordar que, de una manera descarada sobre todo en los regímenes dictatoriales, se premiaba a las familias numerosas, se excitaba a la procreación constantemente. Toda esa política es bien reveladora de este servicio real. De manera que los hijos sirven para ésa, evidentemente, si la cosa se contempla desde el punto de vista público o político. En nuestros días, con el progreso del Capital y del Estado que, entre otras cosas, incluye la progresiva confusión del uno con el otro (apenas podemos distinguir, apenas podemos separar el ejecutivo de ministerio del ejecutivo de empresa, que son la misma cosa); se han modificado algo los servicios que los niños prestan, que las camadas sucesivas de hijos prestan. Evidentemente, hoy día tiene que seguir habiendo productores, pero ya sabéis que el problema del Capital no es tanto asegurar la producción, como asegurar la venta de los productos inútiles; éste es el problema real y el que ocupa al Capital de manera más importante. Evidentemente, la producción tiene que seguir, el trabajo tiene que seguir, aunque la razón diga que no hace falta trabajar, que gracias precisamente a las máquinas maravillosas, hoy podíamos estar sin trabajar; pero eso va contra los intereses del ente abstracto. A pesar de esa evidencia racional, hay que seguir produciendo y trabajando: naturalmente hay que seguir produciendo esencialmente chismes que no sirven para nada, esto es lo esencial; la producción que todavía puede llamarse útil para la gente, es una parte menor: la parte esencial es la producción de cosas que nadie ha pedido, que a nadie le sirven para nada más que para estorbarle la vida; y entonces el problema es colocárselas a la gente, vendérselas; de manera que entonces la producción de hijos asegura que sucesivas camadas de consumidores puedan igualmente asegurar un mañana a esa producción irracional y loca, y que va a seguir habiendo compradores, gente que se ilusione con las ideas de la falsa necesidad y que compren lo que le manden.

Sin exageración se puede decir que, así como con el progreso del Capital ya los labradores crían en sus tierras, más que trigo y remolacha, crían créditos en la Banca (lo que surgen en los campos son papeles de crédito en la banca), de una manera análoga, ya lo que nacen no son propiamente niños, sino futuros compradores de auto; eso es lo que está naciendo: como tienen que seguir naciendo autos, lógicamente, tienen que seguir naciendo futuros compradores de auto, y ésa es la condición de los hijos en la situación actual. Al mismo tiempo, naturalmente, tienen que seguir naciendo vendedores de autos y, por tanto, tienen que seguir naciendo toda clase de funcionarios, tanto en una burocracia, la comercial, como en la otra, la estatal, que, como digo, cada vez mas, son exactamente la misma, de manera que también esos hijos al mismo tiempo son futuros ejecutivos en los varios grados del escalafón, por supuesto (ya sabéis que no hay clases desde hace tiempo: hay escalafón, hay ejecutivos, desde el más alto nivel al más bajo) y para eso es para lo que nacen también los hijos.

Esa es la parte en la que no me quería detener, ésa es la parte más trillada, el aspecto

público-político de la cosa. Nada de eso es mentira, pienso; por más repetido y tópico que sea mucho de lo que habéis oído, sigue siendo verdad, funciona así, y la pregunta "hijos, ¿para qué?" puede admitir como una de las respuestas, ésta: para eso que acabo de decir.

Pero me interesa más pasar a la otra cara, a la cara que, empleando un lenguaje arcaico, podríamos decir la cara moral, frente a la cara política, o mejor dicho, la cara personal frente a la cara pública de la cuestión. Mientras esas cosas se digan como las habéis oído, son una verdad, pero, por olvido de la otra mitad, por olvido de la cara moral de lo político, es una verdad averiada que puede llevarnos a muchos engaños.

Mi intento es, sobre todo, hacer presente esta otra cara de la cuestión, la cara personal, la cara privada; porque, precisamente, el tinglado de Capital y Estado sigue, hoy como siempre, funcionando sobre la separación de las dos cosas: por un lado está la vida pública, la política que hacen los políticos, éstos que los medios de formación de masas nos hacen oír todos los días, diciendo siempre lo mismo para hacer siempre lo que está hecho, una y otra vez, y, por otro lado está la vida privada, donde cada uno es rey: en mi casa o en mi auto, yo soy rey, hago lo que quiero y ahí no me manda nadie. Sobre esa separación sigue funcionando el tinglado; por tanto, es del interés más primario tratar de someter a crítica y de romper esa separación; es mentira; no hay tal separación entre moral y política; la política es moral, la moral es política, la vida pública es privada, la privada es pública, y todo lo demás que queráis decir, rompiendo esa falsa separación que sustenta el Capital y el Estado, y su futuro.

Podría exagerar un poco más todavía; voy a estrenar aquí una formulación que puede parecer una glosa exagerada de Marx, que resucitara en este momento. Algo como: "SI LAS PERSONAS NO CREYERAN QUE SON LIBRES, NO PODRIAN SER ESCLAVOS". O de otra manera: "SI CADA UNO NO CREYERA QUE HACE LO QUE QUIERE, SERIA IMPOSIBLE QUE HICIERA LO QUE LE MANDAN". Formulaciones como éstas, que estreno aquí, yo creo que pueden ser útiles para la rotura de la cosa y, aunque exageradas, yo no creo que por ello sean menos verdaderas. La condición de que el Capital y Estado impongan sus órdenes de producción, entre otras cosas de niños, y de consumo, es que cada uno personalmente se crea que hace lo que quiere; que se le oculte, en absoluto, que está obedeciendo ninguna ley, que siga creyendo que, en la vida privada, es el rey, es el que manda. Como esto es indispensable, a esto me dedico y nuestra discusión me gustaría que se centrara, sobre todo, en este aspecto. Entonces, la pregunta "Hijos, ¿para qué?" se vuelve una segunda pregunta. Porque ahora queremos plantearla en el terreno personal, en el terreno de la vida privada, a sabiendas de que, lo que descubramos en el terreno de la vida personal o privada, es decir, lo que hace que los hombres se vuelvan padres y las mujeres madres y que los niños nazcan para su padre o para su madre o para los dos, va a tener una relación inmediata con el aspecto político, hasta el punto de que va a ser, nada más, como la otra cara de la misma moneda.

Será útil, pues, preguntarnos cosas, por otra parte muy triviales y muy al alcance de cualquiera, como "Hijos, ¿para qué?" en el terreno personal. Bueno, muchas respuestas respecto a esta cuestión ya las habréis encontrado y ya las habréis oído, por lo menos, en plan de comidilla o en reuniones familiares o entre amigos.

Separo, primero, un poco entre los dos sexos. Para qué les sirven los hijos a los hombres, o para qué a un hombre le sirve un hijo, lo que hace que un hombre tenga que tener un hijo o qué es lo que hace que un hombre crea que tiene que tenerlo. Naturalmente me estoy refiriendo a paternidades lo más intencionadas, quiero decir lo más malintencionadas posible; siempre puede haber paternidades por accidente que, natu-

ralmente, no caerían en el cuadro de una manera tan perfecta, pero incluso de las paternidades por accidente yo os aconsejaría desconfiar un poco, en cada caso: muchas veces los hombres tienden a atribuir a accidente cosa que es intencionada, por lo mismo que consideran intención personal lo que es obediencia a la ley general. En esto no me voy a detener, es solo una advertencia de paso.

Bueno, a un hombre tener hijos le sirve (lo más trivial y relacionado con el aspecto político) primero, para hacerse un heredero que no es sólo heredero de sus; ya se sabe, (esto es en lo que la crítica política ha insistido siempre desde los tiempos de Marx y Engels también); heredero, no solo de sus bienes materiales, sino heredero de todo lo demás, heredero de su propio ser; es decir, alguien que vaya a hacer lo que uno solo, evidentemente, no puede ser, no puede hacer. Un hijo, como suele decirse, prolonga al padre, le hace como un otro yo, un otro yo que le va a suceder, y una vez establecida la creencia en el tiempo, la creencia en el Futuro, a la que Capital y Estado obliga, es perfectamente congruente que, en el terreno personal, por lo menos en parte, uno –especialmente varón– se consuele de la muerte pensando que, de alguna manera, funciona este truco de hacerse un otro yo, de tener otro que le reproduzca y que por tanto le sirva como de continuación.

Esta es la cara más visible, yo creo, la más tratada, de la necesidad de hijos por parte de un hombre; herencia entendida así, de esta manera ampliada, que hace que la economía no tenga un sentido tan estricto como en las formulaciones de Marx, sino que se emplee un poco en el sentido que el psicoanálisis de Freud emplea la palabra economía y la noción, abarcando toda esta otra especie de bienes que no son, precisamente, reducibles de primeras a bienes materiales. Todo es dinero, en definitiva, también el ser de uno, pero de distinto modo, en distinto grado, según sean los bienes de que se trate.

Una segunda cosa para la que los hijos les sirven a los hombres es para tener tranquilas a las mujeres; esta es una necesidad también muy evidente y que se manifiesta en múltiples formas. No voy a detenerme mucho en el tinglado de las relaciones entre los dos sexos, que cae fuera de esta charla de hoy, pero debo recordar que estoy partiendo de que toda Sociedad es ésta, es decir, que no hay más Sociedad que la histórica y que, por tanto, todas las Sociedades son patriarcales y que, por tanto, todas están constituidas por el dominio de un sexo sobre otro, como primer ejemplo de dominio, y que las mujeres siguen siendo el sexo dominado y oprimido y los hombres el sexo dominante, explotador, o como queráis decirlo, y entre los muchos trucos que el sexo dominante ha desarrollado para librarse del peligro de las mujeres, (que es siempre un peligro latente: pues si se somete a alguien, si se somete a una clase, evidentemente el amo padece siempre miedo, padece miedo de aquello a lo que ha sometido, nunca acaba de estar tranquilo; el miedo de los hombres respecto de las mujeres es una condición esencial de la Sociedad patriarcal) a lo largo de la historia han inventado múltiples trucos. El Amor, claro, que es el fundamental; inventaron el truco del Amor, es decir, el Amor con mayúscula, y no solo lo inventaron, sino que después encargaron a los seres sometidos para que se ocuparan de él, como si fuera su ministerio, que fueran ellas quienes se ocuparan del Amor, las que entendieran de amor y todo lo demás de esa parte de la cuestión, de forma que ellos pudieran quedarse libres, más libres, para dedicarse a las guerras, a los negocios, a las cosas de los hombres.

Ese es un truco de éxito principal; pero, evidentemente, no bastaba; los hombres han inventado también para sus mujeres el amor maternal; el amor maternal, que se presenta, naturalmente, como con prestigio distinto. Esta es una parte en que la crítica, el descubrimiento de Freud, que tanto agradezco por mi parte, a quien tanto debo, falla

descaradamente: el propio Freud sigue creyendo mucho en el amor maternal. No está denunciado debidamente que lo que los hombres piensan o, al menos, lo que les gustaría pensar, es que a las mujeres lo que les gusta de veras es tener hijos, hasta el punto de que, incluso la relación con los hombres, la relación amorosa, no lo entienden ellas más que como un medio para llegar a la verdadera satisfacción, que es tener un hijo. Es la idea que se ha impuesto por todas partes; el falo mismo es un intermedio útil, deseable, codiciable para ellas, pero como un intermedio para llegar al verdadero falo que es el hijo, el que de verdad satisface y llena sus vidas.

Este truco se ha empleado a lo largo de la Historia, y es un truco que ha funcionado muy bien, con objeto de conseguir lo que os he dicho: tener tranquilas a las mujeres, relativamente tranquilas, no sólo ocupadas; hay que ver la que ocupan los hijos: pueden consumir la vida entera; aunque hay que decir, entre paréntesis, que, por supuesto también la de los padres. Porque ¿cuántas veces no habréis oído por parte de los varones, emplear a los hijos como pretexto para seguir trabajando, para meterse en una empresa que se sospecha sucia, para seguir aguantando a un jefe inaguantable y para seguir aguantando esas y otras muchas cochinas, que el Estado y el Capital mandan? ¿Cuántas veces no habréis oído decir que es por los hijos?

De manera, que, evidentemente, los hijos llenan, sosteniendo la necesidad del trabajo y de la sumisión; pero la vida que los hijos llenan de una manera más directa es la de las mujeres; no solamente con las ocupaciones, los cuidados del hijo, la mayor parte de ellos innecesarios (como todos los demás chismes que se venden, también los chismes utilizados en el cuidado de los hijos son en general inútiles, no hacen falta para nada, son mas bien un martirio para los niños, entre otras cosas; algunos de los testos que utiliza esta Asociación ya han tratado de poner de relieve la condición de inutilidad y hasta de martirio para los niños que los cuidados maternos pueden tener) pero, en fin, llenándolas, dándoles alguna satisfacción, que ellos creen, los señores creen (no muy de veras, pero al menos fingen creer y lo dicen continuamente en sus conversaciones) que es la verdadera satisfacción, la verdadera necesidad. Esto las deja tranquilas a ellas y los deja a ellos tranquilos de conciencia en muchos casos; no tengo que citaros más ejemplos.

A las mujeres, al otro sexo. ¿Para qué los hijos, con respecto a ellas? A las mujeres también los hijos les son útiles. Una de las utilidades es evidentemente atrapar o asegurar que tienen atrapado al hombre; es una utilidad tradicional que no sólo las muchachas han sabido utilizar desde siempre para atrapar a un marido, sino que después, se ha considerado, una y otra vez, que es un medio infalible para completar la relación, para hacerla mas profunda; hacer que esa relación entre él y ella, la relación primaria entre el señor y la señora, tenga raíces más hondas, esté mas segura, no solamente en el sentido de hacer eso que en las revistas del corazón de señoras se llama salvar el matrimonio... esas proclamaciones descaradas en que en éstas publicaciones se ve, efectivamente, se presenta a los hombres y a las mujeres luchando en común por salvar una institución son un ejemplo de descarado que no deja de ser útil; bueno, quien dice matrimonio dice salvar la pareja, salvar la relación o como queráis decirlo de una manera más moderna; eso da igual.

A las mujeres, pues, los hijos les sirven para eso. Les sirven, ¿por qué? Porque a su vez ellas padecen la necesidad de dependencia del hombre: como sexo sometido les corresponde también en el terreno personal y, naturalmente, si ellas están convencidas de que es necesidad suya primaria pertenecer a, o depender de, un hombre, cualquier medio, por ejemplo un hijo, que se ofrezca para asegurar esa sumisión, pues será para ellas útil, tendrá por lo menos la cara de utilidad, de servirles para algo.

La verdad es que el truco muchas veces se demuestra que no es tan útil como parece, hasta en la situación actual de la Sociedad. Tenemos el caso trágico en que esa mentira se desnuda, que es el mito de Medea con respecto a Jasón: Medea, cuando Jasón la traiciona, mata por venganza a los hijos que ha tenido con Jasón; este mito, que los trágicos antiguos utilizaron más de una vez para sus tragedias, es revelador: ahí se ve que no, que la dependencia que interesaba era la del hombre y que los hijos eran el medio, el instrumental; si falla la ligazón principal, los hijos dejan de tener sentido y pueden utilizarse incluso de esa manera, a la manera de Medea, al revés: su destrucción, su muerte como venganza respecto a la sumisión fallida del hombre. Naturalmente las mujeres nunca llegan a los grados heroicos, o casi nunca: siempre hay que estar prevenidos a algún caso que pueda presentarse en la Prensa, pero en fin, en cualquier caso las mujeres nunca llegan a la desnuda actitud de Medea. Pero ¡cuánto nos cabe sospechar que en tono menor, en grados más leves se produce eso mismo! ¡Cuánto no vendrá a descargar sobre ellos de la desilusión, del sentido de traición que la mujer pueda sufrir! Esto en cambio no es Medea, esto es el plato de todos los días y desde luego tiene una importancia fundamental.

Otras veces, cuando la institución tradicional del matrimonio está, como suele decirse, en crisis de una manera aparatosa, se demuestra que más de una vez los hijos ya no funcionan así; tengo muchos testimonios de parejas que, después de los 5, 6, 7 años que suele durar un amor eterno, llegados al punto de desesperación, deciden tener un hijo (un hijo en desesperación es un caso bastante frecuente; un hijo en desesperación de la institución) y muchas veces ese hijo funciona al revés, muchas veces ese hijo se tiene y sirve para deshacer definitivamente el matrimonio o la pareja. De esto he recogido unos cuantos ejemplos a mi alrededor y me parece significativo. Pero, eficaz o no, el procedimiento en sí mismo sigue estando ahí y ésta es, evidentemente, una de las cosas para las que los hijos les sirven a las madres.

Bueno, y luego sirven, como se dice en las revistas de señoras, y en otros muchos sitios por desgracia, para realizarse una. Hay que realizarse; y la manera de realizarse una pues es tener hijos, ¿no? La cosa es muy vieja. La mujer estéril no sólo ha cargado con la condena social, sino con una condena interiorizada desde siempre. Era un martirio, en cualquier sociedad, o casi en cualquiera. La necesidad de la reproducción por parte de Estado y Capital, la necesidad política, se traduce, en el nivel personal, en esa especie de desprecio de la mujer estéril; se supone que ella estaba ahí para eso: no cumple, pues es como si no estuviera, como sí estuviera de más, y puede ser objeto de desprecio, de prácticas supersticiosas en contra y todo lo demás.

Pero esto pervive, de mil maneras más o menos sutiles, en todas partes, en las formas más progresadas de la Sociedad; como las mujeres desde el comienzo de la Historia han venido tragándose el cuento de que lo que ellas quieren de verdad es tener hijos, según antes os he dicho a propósito de los hombres, es natural que estimen como un medio de eso que se llama realizarse una, el tener hijos, el ser madre; no ya sólo señora, sino madre, matrona; es efectivamente, el medio de realizarse, lo que hace ascender a una, no al nivel de la clase dominante, pero sí a ponerse casi a su par; la señora, la matrona, no es, efectivamente, el padre, no es el patriarca, pero está a su lado y alcanza la mayor dignidad que a las mujeres se les puede conceder en un mundo dominado por los hombres: la de ser madre, es decir, la matrona, la señora de verdad. Y esto de maneras, como digo, más o menos sutiles o confusas, sigue latiendo en cualquier mujer; y para esto les sirven o creen que les sirven los hijos.

Que después de tener los hijos vengan a descubrir, más o menos pronto, que eso no era verdad, que siguen estando tan insatisfechas como antes, pues sí, puede darse,

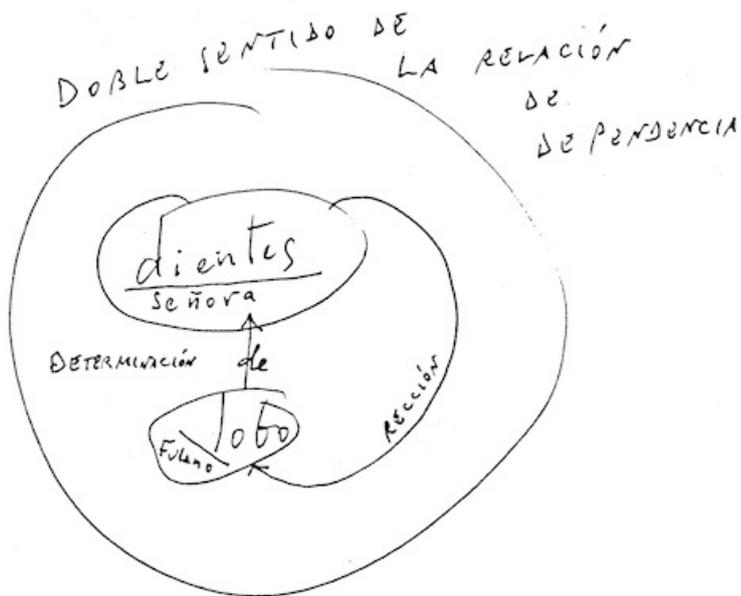
pero eso no anula la motivación primera; además, que los hijos, a su vez, pueden tener hijos, y los nietos, de una manera secundaria, pueden venir a acabar de cumplir la función: sobre todo para edades en que ya para lo que le queda a uno por vivir... pues que más da, los nietos pueden servir un poco, lo mismo que en mejores tiempos habían servido los hijos. La cadena no se rompe por ello.

Bien, os he enumerado algunas de las utilidades que responden en el nivel personal a la pregunta "Hijos ¿para qué?"

Pero ahora voy a hablar por debajo de ellas, tratando de penetrar un poco más a fondo: lo que me parece la necesidad primaria de tener hijos y que es común a los dos sexos, aunque, después, en cada uno de ellos se manifiesta de las maneras que acabo de exponer.

Hay una necesidad común a los dos sexos que obliga a la producción de hijos; esta necesidad es la necesidad de dependencia tomada en sentido inverso. Vamos a ver si me aclaro con esta cuestión, que también es relativamente nueva, y quisiera acertar con las formulaciones más exactas. La relación de dependencia en sí, ya la he estudiado en otros sitios; incluso he trazado esquemas, que ahora aquí no podemos reproducir; he hecho costar respecto a las relaciones amorosas una cosa que se aprende, mejor que en ningún otro sitio, en la gramática de las lenguas; a saber, que la relación de dependencia tiene dos sentidos, uno inverso del otro y, además, heterogéneos, pero colaboradores; en gramática, si se dice "dientes de lobo", ya sabéis que es elemental que "de lobo" es un determinante del determinado que es "dientes", mientras que, a vez, se dice que "dientes" rige a ese genitivo determinante "de lobo". Esos son los dos sentidos de la relación. En "dientes de lobo", "lobo" determina a "dientes", mientras "dientes" rige como un subordinado suyo "de lobo", Entre los dos se arreglan para construir una unidad superior, un núcleo superior que es "dientes de lobo".

He de confesar que, cuando en lugar de poner "dientes" y "lobo" pongo "señora" y "Fulano", y digo "señora de Fulano" en lugar de decir "dientes de lobo", pues parece que disocinciden de una manera bastante sorprendente con lo que podríamos llamar las relaciones reales de la Señora de Fulano. Es verdad que "de Fulano", igual que en el plano gramatical, en el real sigue determinando a la señora: ésa es la señora de Fulano; si fuera la señora de-nadie, no sería una señora; si fuera la señora de cualquiera tampoco sería una señora; tiene que estar determinada, que sea la señora de Fulano. De manera que es verdad que "de Fulano" en el plano real, igual que en el otro, determina. Pero nos vemos obligados a decir que la señora rige a Fulano, y esto parece que contradice un poco nuestras expectativas en el plano real, porque decimos que estamos en una Sociedad patriarcal, donde los hombres son los dominantes, por tanto los regentes, y las mujeres las dominadas, las regidas; de manera que nos resulta sorprendente, aunque cueste trabajo pasar por ello, que este análisis, gramaticalmente fundado, nos sirve para descubrir que, de alguna manera, como ya se sospechaba por otros muchos datos, las mujeres, las representantes del sexo dominado, al menos en cuanto señoras, es decir, en cuanto convertidas en señoras por la determinación de Fulano rigen en cierto sentido a Fulano; no lo determinan. Fulano no está determinado por su mujer: a nadie se le ocurre referirse a un señor como el marido de Fulana y, si lo hace, la cosa resulta un poco insultante; mientras que decir "La señora de Pérez" en una presentación, es de lo más elemental y nadie se ofende por ello. Así pues, no lo determina pero si lo rige, en este sentido; sabéis lo que quiero decir. El doble sentido puede representarse así:



Bueno, pues se trata, respecto a los hijos, de la relación de dependencia tomada en el sentido inverso. Os estoy hablando de la necesidad de que alguien dependa de uno. Y pretendo que, en este sentido inverso de la relación de dependencia, es donde encontramos el sustrato más profundo, que a mí me alcanza, para explicar la necesidad, el por qué, el qué de los hijos: la necesidad de que alguien dependa de uno. Es cierto que las mujeres en concreto, como hemos visto, padecen una necesidad fundamental de 'depender de'. Una mujer de-

pende de alguien; pero resulta que, los hombres de una manera más directa, y las mujeres en cuanto que han constituido, por medio de la relación de determinación amorosa, una pareja como núcleo, padecen al mismo tiempo una necesidad no menos fuerte de que las relaciones de dependencia se produzcan en sentido inverso y que alguien depende de uno.

Un hombre podría contentarse con que su mujer dependa de él; esto es una necesidad fundamental; el más mísero, no voy a decir ya de los proletarios, sino de los marginados y desharrapados arrabaleros, padece la necesidad de tener una hembra a su lado y, por tanto, hacer que dependa de él. El hombre podría contentarse con eso, pero no se contenta, no es bastante: es preciso que una criatura y preferiblemente perteneciente al sexo dominante, es decir, un varón, un futuro varón, dependa también de él. Hasta el más mísero puede permitirse esto mediante el simple procedimiento de tener un hijo; el hecho de que ese hijo sea suyo quiere decir que depende de él. Y las mujeres, si no de una manera tan directa, sí por el intermedio de la relación de pareja, desde luego padecen, no menos fuertemente, esa necesidad de que criaturas desvalidas, necesitadas, se supone, dependan de una.

Hay que entender con precisión el grado de esta necesidad; puede decirse que no es la misma necesidad de dominar, que los hombres, sobre todo, y las mujeres padecen; es algo más profundo que la necesidad de dominar; es la necesidad de ser; porque, dado lo que he dicho de dependencia, si alguien depende de uno, entonces es que uno es alguien; sólo gracias a eso uno llega a ser alguien. Uno que no tenga dependientes, realmente está muy inseguro de su propio ser y se arregla mal para subsistir en esta gramática; adquiere en cambio una verdadera entidad, una entidad firme, cuando adquiere dependientes, cuando hay gente que depende de él.

<Interrumpe un asistente para esponder que existen argumentaciones objetivas que van en contra de esta teoría de que la mujer siente necesidad de esa dependencia, 1º) porque hay un proceso de liberación de la mujer hacia la igualdad y su complejo de inferioridad cultural, que es lo que la hace sumisa o necesitar dependencias, le hace sentirse humillada en esa situación; quiere ser persona antes que mujer y la igualdad que pretende puede cambiar la situación actual; 2º) que la motivación para tener un

hijo puede darse en los dos sexos, la curiosidad.>

Gracias, recojo con mucho gusto la intervención porque, efectivamente, yo no había hablado sobre la curiosidad; en efecto, el móvil podemos considerarlo secundario respecto a lo que estoy esponiendo, incluso dependiente de ello; curiosidad en hombres y mujeres; yo creo que más en los hombres; los hombres, sobre todo los machos muy jóvenes, cuando tienen un primer hijo, juega en ellos el ver si pueden tenerlo; esa curiosidad que, tal vez no es una mera curiosidad, pero funciona. En las mujeres también. Y la curiosidad de ver qué tipo de hijo vamos a hacer entre los dos. En el resto, permíteme que no ponga mucho peso; lo que los movimientos de liberación de la mujer, como les llamas, hayan cambiado hasta ahora, en el cuadro siniestro que estoy presentando, me parece comparativamente muy poco y creo que las líneas, al menos las fundamentales, siguen subsistiendo.

<Vuelve a interrumpir para decir que ese movimiento está ahí pero que encuentra muchas dificultades porque tiene un retraso enorme desde el punto de vista intelectual pero que la igualdad llegará con el tiempo.>

Volveremos a eso, pero la principal dificultad, la principal fuente de error para los movimientos de liberación de la mujer, está en eso de seguir separando la vida privada y la pública; ésta es la principal dificultad no sólo para este movimiento sino para muchos otros movimientos. Mientras no se pongan no sólo los niños, sino el amor y todo, encima de la mesa como entes políticos, no hay nada que hacer. Y la otra fuente de equivocación, naturalmente, es la de haberse sometido en lo fundamental, que es pensar que el Sistema de los hombres, el sistema fundado por los hombres es de alguna manera necesario, es el único posible, y que la única manera de avanzar es acercarse a ellos, es escalar los puestos de ejecutivo en el escalafón, tanto en el Capital como en el Estado. Ya comprenderéis lo que yo puedo pensar de este tipo de liberación; lo que quiero decir es que la igualdad se toma respetando como criterio de con lo que hay que ser iguales, tomando como criterio, lo que los hombres son; claro, cuando uno piensa un poco más lo que los hombres son...

<Vuelve a interrumpir y dice que la práctica de la igualdad es lo que libera y hace al hombre libre, pero que hay que practicarla y para ello el hombre tiene que desprenderse de todo el lastre de privilegios y derechos.>

Sigo pensando que la crítica fundamental no está en eso, que por muchas recomendaciones morales a hombres y mujeres, mientras los políticos sigan funcionando por su parte y, por tanto, respetándose la separación entre lo uno y lo otro, eso es imposible; es una vía ciega.

Estábamos en la cuestión de que también en la situación más avanzada, más progresada, actual, las mujeres siguen sintiendo la necesidad de que alguien dependa de ellas; tenemos muchos ejemplos de madres solteras, el material es abundante. Hay muchas mujeres que, no sólo han conseguido tener un hijo sin casarse con el padre correspondiente, sino que realmente viven solas, viven solas durante años; estos ejemplos nos permiten observar cómo de una manera más pura se reproduce en las mujeres esa misma necesidad que estoy poniendo como fundamental: la necesidad de que el niño, la niña, dependa de ella; se vuelve como el ancla, literalmente, como

el ancla de su vida.

Es curioso cómo esto de hacer que un niño dependa de uno o de una tiene una contrapartida, especialmente en el caso de las madres solteras; la contrapartida que he observado es que esos niños se vuelven muy responsables, son más responsables que los demás niños, de manera que uno sospecha que se hacen responsables de su madre, más o menos; ésta es una forma de inversión de la cosa que se da desde muy pronto, igual cuando es un hijo o una hija. La consecuencia, que parece un poco cómica, pero que bien analizada se encontraría razonable, es que precisamente el hecho de que se tenga al niño o a la niña para que dependa de una, despierta en el niño y la niña (claro, los niños y las niñas, como todavía no están bien formados son siempre más listos que los mayores; de esto hay que partir: casi ni lo he dicho, pero si estoy aquí defendiendo a los niños es porque considero que son las gentes más listas del mundo, por la sola gracia de estar menos formados) bueno, el niño o la niña se da cuenta y esto le produce una especie de compasión que se traduce en esa responsabilidad y acaban por ser realmente responsables de esa madre, en la que han percibido esa necesidad, percibida como debilidad.

Podríamos seguir multiplicando ejemplos, pero esto era el núcleo de lo que tenía que decir. Las otras motivaciones de las que os he hablado para tener hijos, en el plano personal, dependen en algo de ésta, y su reconocimiento es relativamente nuevo.

La necesidad de que alguien me diga "papá", "papá" en varios tonos, no simplemente "papá", sino un "papá" que me pida, que me implore, que me vaya a buscar, que me consulte, eso es lo que se llama necesidad de que alguien dependa de uno; por supuesto la necesidad de que me digan "mamá" exactamente igual a este respecto; la necesidad se me aparece como común a los dos sexos hasta el punto de que este grado inverso de la relación de dependencia, que ahora estoy exaltando por encima de todo, puedo considerarlo como raíz que se manifiesta en las otras necesidades más superficiales que hemos estudiado, y, por supuesto, sin olvidar nunca que, cuando estamos analizando el lado personal o moral de la cuestión, seguimos conscientes de que no estamos viendo más que la otra cara de la cuestión política, de 'para qué los hijos', 'por qué', respecto al Capital y Estado; cuando la analizamos respecto al Sr. o su Sra., respecto a un hombre o una mujer, ese hombre y esa mujer están ocupando con justicia el puesto del Capital y el Estado en el análisis político; hay una correspondencia exacta, porque, por supuesto, esa necesidad de que hablo de tener hijos, tanto en el hombre como en la mujer, son necesidades personales, individuales, y naturalmente, ya se sabe que el Individuo es lo mismo que el Capital y lo mismo que el Estado, ambos confundidos en la Persona.

Termino preguntándome, entonces, de dónde diablos viene esa necesidad de que alguien dependa de uno o de una, de que alguien le diga "papá" o "mamá" a uno; ¿para qué sirve eso?; porque una cosa es que digamos que se necesita que alguien dependa de uno y otra cosa es que todavía más allá nos preguntemos ¿y por qué se necesita? ¿de dónde esa necesidad? ¿para qué?

Bueno, he dicho que, utilizando el esquema, el que alguien dependa de uno quiere decir que le va a determinar, va a asegurar su ser, que alguien que tiene dependientes es algo determinado; si no tiene dependientes, su definición, su propio ser, queda pendiente. Pero todavía, ¿por qué?; porque hay una costatación muy terrible pero que hay que decir en dos palabras, sin necesidad de ponerse melodramático: es evidente que, cuanto más determinado está uno, más duro es morir. No creo que haga

falta explicarlo mucho; es decir, cuanto más ser, cuanto más seguro está el ser de uno, cuanto más determinado está uno, evidentemente, la idea de morirse, la muerte, se hace mucho más dura y mucho más imposible.

Uno piensa, entonces, que cuando uno o una está luchando por buscarse dependientes que le determinen, que le hagan ser alguien de una manera cada vez más firme y más segura, está buscándose, sin darse cuenta, una muerte más difícil, una muerte más dura, la muerte tomada en toda su dureza que es la muerte del ser, que es lo mismo que la muerte de Dios o algo por el estilo.

De manera que la utilidad de que haya niños y niñas que dependan de uno, es una utilidad que llega hasta cierto nivel y, si se pregunta a fondo, resulta que es una utilidad que sirve para el ser de uno; pero para la vida, para el placer, para hacer las cosas más llevaderas, más tolerables, para el disfrute, para esa no sirven; de manera que es justo hacer notar que esa necesidad tan poderosa de tener hijos no sirve a ningún deseo propiamente dicho, no sirve a ningún placer, a ninguna utilidad en el sentido elemental; sirve a necesidades metafísicas que son éstas del ser, estas necesidades de ser alguien, que se ligan inmediatamente con las necesidades del Capital y del Estado, es decir de Dios mismo, allá en lo alto.

Os preguntaréis qué estoy proponiendo aquí, porque parece que, cuando analizo algo, estoy proponiendo; y no estoy proponiendo más que lo que hago al hacer el análisis. Pienso que cuando uno habla, está actuando y no hay que preguntarle qué conclusiones prácticas se derivan de lo que he dicho. Claro, por supuesto, tendría que decirnos, en primer lugar, que esta costumbre de morirse para que nazcan otros, a mí no me hace ninguna gracia y es una mala costumbre, me parece una institución bastante perversa y que merece toda nuestra condena.

Pero lo uno está ligado a lo otro: lo mismo que se puede decir "si uno no muriera, no nacerían otros", lo mismo se puede decir "si no nacieran otros, uno no moriría"; esto puede decirse de las dos maneras.

De manera que no hay que olvidar, en primer lugar, que uno no está a gusto con la institución de la muerte, porque si de primeras uno reconoce resignación a esa institución, eso puede falsificar después muchas otras cosas. Así que os invito a que nunca olvidéis que uno no está de acuerdo con la institución de la muerte, como primera cosa, y, por tanto, si uno no está de acuerdo con esa institución y los hijos sirven esencialmente para asegurarla, está claro que uno no está de acuerdo con la necesidad de tener hijos; pero si me decís qué, en planos más prácticos o inmediatos, es lo que normalmente se debe desprender de este análisis si lo mantenéis vivo, es decir, mientras no se llegue a poder luchar directamente con la muerte, qué es lo menos malo que se puede hacer, si me preguntáis cuestiones así, más rastreras y más inmediatas, pues claro, siempre se puede decir algo.

Es deseable, en primer lugar, que, mientras tenga que seguir habiendo niños, mientras tengan que seguir naciendo niños, primero, no nazcan tantos como el Capital y el Estado quieren; eso es una cuestión fundamental. El hecho de que en nuestros días, más que nunca, Capital y Estado estén promocionando la superpoblación de una manera muy descarada, cuando los medios prácticos para impedirla están a la mano desde hace mucho tiempo, debe ser una revelación de para qué es esa proliferación; no es un fenómeno natural, es un fenómeno condicionado desde Arriba, como medio de que Capital y Estado se aseguren un Futuro, es decir, que siga habiendo en el mañana compradores de autos y funcionarios en los diferentes puestos del escalafón.

De ahí viene que nazcan tantos niños, no de ningún otro sitio; de ahí viene que las

medidas que parecen más elementales de aplicar, no se apliquen; pero desde luego, el fracaso del intento de frenar la locura del Capital y del Estado pasa siempre por esa separación de la vida personal. Una cosa es lo que uno piensa políticamente: convendría que no nacieran tantos niños; y otra cosa es lo que cada uno y cada una después piensan: "pero yo quiero", "pero yo puedo hacer lo que quiero". Ahí la política se pierde en el nivel personal.

Sería, como quiera que ello sea, sería deseable, en primer lugar que, por lo menos, sí tiene que haber niños, no haya tantos.

Y, desde luego, lo segundo y más pertinente a nuestra cuestión de hoy, sería deseable que esos niños que nazcan no dependieran de nadie, por lo menos, no dependieran de nadie tal como dependen de un padre y de una madre: que esos niños no tuvieran ni padre ni madre. Eso sería sumamente deseable. Si las supuestas condiciones sociales, que a veces se disfrazan falsamente de fisiológicas, no permiten del todo que los niños no dependan de nadie, en el sentido de que no dependan de ningún padre de ninguna madre, por lo menos se podría decir que es deseable que de y dependieran de mucha gente indefinida, confusa, es decir, que realmente las figuras del padre y de la madre, innecesarias desde todos los puntos de vista fisiológicos y demás, perniciosas, desaparecieran.

Queda a la imaginación de las posibles prácticas de cada uno, cómo se puede conseguir que las niños no sean de nadie, pero al menos, la propuesta esta ahí planteada. Y mientras tengan que seguir naciendo, que no sean de nadie.

Naturalmente se os vendrán a las mientes, enseguida, las imágenes que los defensores de la familia contraponen, las imágenes de los orfanatos, niños recogidos en vastas instituciones públicas donde... bueno, ya sabéis todos los horrores que se pueden decir de niños huérfanos en el sentido tradicional.

Hay que decir, clara está, que este deseo que aquí se formula, es un deseo que excluye a la familia y donde, por tanto, no hay orfanatos que se contrapongan a la familia, porque una cosa es que uno diga, en general, que los niños no sean de nadie, que no tengan ni padre ni madre, y otra cosa es que esto se quiera hacer en forma de institución, que, en definitiva, tendría que ser también estatal, que estuviera al lado de y en competencia con la familia, lo cual la desfiguraría completamente. Se enuncia el deseo en general, y es un deseo que por si mismo excluye a la familia, excluye a esa invención funesta que todas las Sociedades patriarcales, es decir, todas desde el comienzo de la Historia, han padecido de un modo o de otro, aunque hay que decir "más o menos". Todas las Sociedades son patriarcales, pero no todas son tan patriarcales; los etnógrafos nos han hecho un buen servicio; y los miembros de esta Asociación, en cuya inauguración pública hablo, han sacado textos muy útiles que nos recuerdan que, si en todas las Sociedades patriarcales sucede eso, la familia tiene grados de opresión muy diversos según el tipo de Sociedad.

Hay Sociedades fuertemente patriarcales donde, infaliblemente, la familia es un cerco de hierro, y hay Sociedades patriarcales, pero un poco menos (digo éstas en que el padre está dividido porque por un lado está el padre y por otro el hermano de la madre y la autoridad está partida entre los dos) en las cuales inmediatamente sucede que la familia es un cerco menos opresor y los niños se acercan a ese deseo de no depender de nadie, de no tener padre ni madre. Bueno, se acercaban, porque la verdad es que esas Sociedades menos patriarcales que estudiaron los etnógrafos del siglo pasado y comienzos de éste, están, como ya sabéis, en trance de desaparición si algo no las salva, y el modelo general que a ellas se les impone, como a todo el mundo, es un modelo típicamente patriarcal, con una familia más fuerte que nunca desde la in-

vención de los bloques de pisos, desde la invención del televisor, todavía más fuerte, desde la invención del auto familiar o sea personal para la Sra. o el Sr., pues todavía más fuerte, y así en todo lo demás.

Pero aunque esas Sociedades, que presentan modelos ligeramente leves y tolerables de opresión familiar, estén desaparecidas o desapareciendo, por lo menos, están ahí, como un recuerdo fehaciente que nos puede sugerir hasta en el nivel más inmediato, que el modelo que se nos impone no es, ni mucho menos, único ni necesario.

Siempre se puede luchar en el camino de que los niños no tengan padre ni madre, siempre se puede hacer algo de esto, no sabemos cuánto, pero siempre algo se puede hacer, con tal de que este hacer –termino volviendo al principio– no se entienda como un hacer moral. Imaginaos que en una pareja él y ella se ponen de acuerdo en que los niños no deben tener padre ni madre y, por tanto, por vías morales, tratan de eliminar la presión y dependencia; los resultados son de novela rosa, vamos, de novela rosa vista por el otro lado.

Confundiendo, por el contrario, este hacer en el lado político y en el lado privado, haciendo que las dos cosas sean la misma, con esta condición, pienso que, como tal vez el Sistema no está tan cerrado como Ellos creen, pienso que algo se puede hacer, en el sentido de que los niños, mientras tenga que haberlos, no tengan padre ni madre, o tengan el menos padre y la menos madre posibles.